

Translated by Ana Sumbo and Edited by Nate Giffard

“Cuando la historia duerme”: un comienzo

Cuando la historia duerme, habla en sueños: en la frente de la gente dormida, el poema es una constelación de sangre..... Octavio Paz, "Hacia el poema"

Mi mamá tiene tendencia de soñar en voz alta. Creo que tiene algo que ver con su meditación matutina habitual. En la tranquila oscuridad de su dormitorio, su tercer ojo se abre a un nuevo mundo, un hermoso lugar lleno de luz tan pacífico como su estado mental. Nunca tuvo que decir una palabra para describir su paz interior; como la luz del sol de la mañana, irradiaba a todos los que estaban en su presencia. Mi madre lo sabe, por lo que durante las últimas dos décadas ha adoptado el nombre de Ananda (que significa felicidad). Sus otros dos ojos nunca le permitieron olvidar dónde vivía. La policía, los traficantes de drogas, los trabajadores sociales, el agua del grifo oxidada, las cucarachas y los roedores, los pasillos con olor a orina y las pilas de basura eran recordatorios constantes de que nuestro mundo comenzaba y terminaba en un apartamento de Harlem / Washington Heights entre las calles 157 y Amsterdam.

Sin embargo, no nos permitió vivir como víctimas. En cambio, éramos una familia de cuidadores que heredamos esta tierra. Se esperaba que ayudáramos a cualquier criatura viviente que lo necesitara, incluso si eso significaba regalar a nuestro último pedazo de pan. Gente extraña y necesitada siempre pasaba por nuestra casa, a veces se quedaba durante mucho tiempo. (¡Mi mamá una vez me ayudó a traer a casa una paloma de Nueva York con una pierna rota en un esfuerzo fallido de cuidarla hasta que se recuperara!) Se esperaba que nos separáramos de la multitud y nos hiciéramos amigos de los inadaptados, que abrazáramos a los niños que tartamudeaban, olían mal o tenían agujeros en la ropa. Mi madre nos enseñó que el Marvelous era libre--en los patrones de una pluma de pájaro callejero, en una puesta de sol en el río Hudson, en la vista de nuestra escalera de incendios, en las historias que nos contaba, en la forma en que cantaba "Summertime" de Gershwin, en un arco iris en la acera creado por la alquimia del aceite de motor y el agua de un hidrante abierto. Ella simplemente quería que viviéramos a través de nuestro tercer ojo, que viéramos la vida como una posibilidad. Quería que imagináramos un mundo libre de patriarcado, un mundo en el que se pudieran reconstruir las relaciones sexuales y de género. Quería que viéramos lo poético y profético en la riqueza de nuestra vida diaria. Quería que visualizáramos una definición más amplia, fluida y "cosmopolita" de la negritud, para enseñarnos que no somos meramente herederos de una cultura, sino sus creadores.

Entonces, con los ojos bien abiertos, mi madre soñaba y soñaba un poco más, describiendo lo que podría ser de la vida para nosotros. No estaba hablando de un mundo post mortem, un cielo u otra vida; y no estaba hablando de la reencarnación (en la que cree, por cierto). Soñaba con tierra, una casa espaciosa, aire puro, comida orgánica y prados interminables, libre de

maldad y violencia, libre de toxinas y peligros ambientales, libre de pobreza, racismo y sexismo ... simplemente libre. Ella nunca habló sobre cómo podríamos crear un mundo así, ni conectó su visión a ninguna ideología política. Pero ella convenció a mis hermanos y a mí de que el cambio es posible y que no teníamos que quedarnos atrapados allí para siempre.

La idea de que posiblemente podríamos ir a algún lugar que exista solo en nuestra imaginación, es decir, "en ninguna parte", es la definición clásica de utopía. Llámame utópico, pero heredé la creencia de mi madre de que el mapa hacia un nuevo mundo está en la imaginación, en lo que vemos en nuestro tercer ojo y no en la desolación que nos rodea. Ahora que miro hacia atrás en retrospectiva, mi escritura y el tipo de política que me ha atraído tiene más que ver con imaginar un futuro diferente de que estar enojado por el presente. No es que no haya estado enojado, frustrado y criticado por la miseria creada por la opresión de raza, género y clase -- pasada y presente. Mi punto es que el sueño de un mundo nuevo, el sueño de mi madre, fue el catalizador de mi propio compromiso político. Llegué al Nacionalismo Negro lleno de sueños idealistas de una sociedad comunal libre de toda opresión, un mundo en el que éramos dueños de la tierra y compartíamos la riqueza y los blancos estaban fuera de la vista y fuera de la mente. Era lo que imaginaba de que sería el África precolonial. Claro, era ingenuo, todavía era un adolescente, pero mi retrato imaginario, derivado de los escritos de Cheikh Anta Diop, el canciller Williams, Julius Nyerere, Kwame Nkrumah, Kwame Ture y otros, me dio un sentido de esperanza y posibilidad de un África poscolonial.

Muy rápidamente, aprendí que el pasado no era tan glorioso, pacífico o comunitario como había pensado, aunque todavía creo que fue muchas veces mejor de lo que encontramos cuando llegamos a las Américas. Las historias de las antiguas colonias, ya sea el Zaire de Mobutu, la Uganda de Amin o la Guyana de Forbes Burnham, reestructuraron la mayoría de mis expectativas sobre lo que se necesitaría para lograr la libertad real. En la universidad, como todos los revolucionarios neófitos influenciados por los acontecimientos en el sur de África, El Salvador, Nicaragua, Cuba y Granada, estudié los movimientos de liberación del Tercer Mundo y las sociedades pos emancipadoras con la esperanza de descubrir diferentes visiones de la libertad nacidas de las circunstancias de lucha. Busqué en vano destellos de una nueva sociedad en las "zonas liberadas" de las colonias africanas de Portugal durante las guerras de independencia, en el movimiento "Nueva Joya" de Maurice Bishop en Granada, en las aldeas comunales de Guyana del siglo XIX, trágicamente de corta duración, en el breve momento en que los trabajadores en huelga de Congo-Brazzaville tomaron momentáneamente el poder estatal y estaban preparados para establecer el primer estado obrero de África. Por supuesto, todos estos movimientos chocaron contra las piedras, destrozados por varias fuerzas internas y externas, pero dejaron atrás al menos algún tipo de visión, por fragmentada o incompleta que fuera, de cómo querían que se viera su mundo.

Como la mayoría de mis camaradas activos en los primeros días de la era Reagan, me volví al marxismo por las mismas razones por las que miré al Tercer Mundo. La miseria del proletariado (lumpen y otros) resultó menos interesante y menos urgente que la promesa de la revolución. Me atrajo el comunismo de la "pequeña c" porque, en teoría, buscaba aprovechar la tecnología

para resolver las necesidades humanas, darnos menos trabajo y más tiempo libre, y liberarnos a todos para crear, inventar, explorar, amar, relajarnos y disfrutar de la vida sin la falta de las necesidades básicas de la vida. Mi hermana mayor Makani y yo hablábamos sobre el fin del dinero; la desaparición de la pobreza, la propiedad y el estado; y la destrucción de la base material del racismo y el patriarcado. Me enamoré del joven Marx de La ideología Alemana y El Manifiesto Comunista, el visionario Marx que predijo la abolición de todas las instituciones explotadoras. Seguí al joven Marx, a través del fallecido historiador inglés Edward P. Thompson, a esos románticos socialistas renegados como William Morris que querían romper con todo vestigio de producción y racionalización capitalista. Morris estaba menos preocupado por la eficiencia socialista que por la transformación de las relaciones sociales y la construcción de nuevas comunidades democráticas libres construidas, como dijo Thompson, "la ética de la cooperación, las energías del amor".

Son muy pocos los espacios políticos contemporáneos donde las energías del amor y la imaginación son entendidas y respetadas como poderosas fuerzas sociales. Los socialistas, utópicos y científicos, tenían poco que decir al respecto, entonces mi búsqueda de un sueño de libertad más elaborado y completo me obligó a dar un giro más imaginativo. Gracias a muchos maravillosos encuentros casuales con Franklin y Penelope Rosemont, Ted Joans, Laura Corsiglia y Jayne Cortez, descubrí el surrealismo, no tanto en los escritos y obras de André Breton o Louis Aragon u otros líderes del movimiento surrealista que surgió en París después de la Primera Guerra Mundial, pero bajo mis narices, por así decirlo, enterrado en el rico y negro suelo de la cultura afrodiáspórica. En él, encontré un arma milagrosa sin fecha de nacimiento, sin fecha de vencimiento, sin marca registrada. Rastree lo maravilloso desde las antiguas prácticas de las sociedades cimarronas y el chamanismo hasta el futuro, las metrópolis de Europa, la gente del blues Norteamericanas, el mundo colonizado y semi-colonizado que produjo a personas como Aimé, Suzanne Césaire, y Wifredo Lam. Los surrealistas no sólo me enseñaron que cualquier movimiento serio hacia la libertad debe comenzar en la mente, sino que también nos han dado algunos de los sueños más imaginativos, expansivos y divertidos de un mundo nuevo que he conocido. Contrariamente a la creencia popular, el surrealismo no es una doctrina estética sino un movimiento revolucionario internacional preocupado por la emancipación del pensamiento. Según el Grupo Surrealista de Chicago,

El surrealismo es la exaltación de la libertad, la rebelión, la imaginación y el amor ... Su objetivo básico es reducir y, eventualmente, resolver por completo la contradicción entre la vida cotidiana y nuestros sueños inimaginables. Por definición, el pensamiento y la acción subversivos y surrealistas están destinados no solo a desacreditar y destruir las fuerzas de la represión, sino también a emancipar el deseo y dotarlo de nuevas armas poéticas ...A partir de la abolición de la esclavitud imaginativa, avanza la creación de una sociedad libre en la que todos serán poeta, una sociedad en la que todos podrán desarrollar sus potencialidades plena y libremente.

Los miembros del Grupo Surrealista de Madrid, por ejemplo, ven su trabajo como una intervención en la vida más que en la literatura, una batalla prolongada contra todas las formas de opresión, que quiere reemplazar "la sospecha, el miedo y enojo por la curiosidad, la aventura y el deseo" y "un espacio modelo para la vida colectiva, un espacio del que la separación y el aislamiento se desaparecen para siempre."

Los surrealistas hablan de una transformación total de la sociedad, no solo de dar a las poblaciones agraviadas un mayor poder político y económico. Están hablando de nuevas relaciones sociales, nuevas formas de vivir e interactuar, nuevas actitudes hacia el trabajo, el ocio y la comunidad. A este respecto, comparten mucho con las feministas radicales cuya visión revolucionaria se extendió a todos los aspectos de la vida social. Las feministas radicales nos enseñaron que no hay nada natural o inevitable en los roles de género, el dominio masculino, la sobrerrepresentación de los hombres en posiciones de poder o la tendencia de los hombres a usar la violencia como un medio para resolver conflictos. Las feministas radicales de color, en particular, revelan cómo la raza, el género y el trabajo de clase en conjunto subordinan a la mayor parte de la sociedad al tiempo que complican las nociones fáciles de hermandad universal o argumentos biológicos que establecen a los hombres como el enemigo universal. Como todos los demás movimientos que me llamaron la atención, el feminismo radical, así como las ideas que surgieron de los movimientos de lesbianas y gays, resultaron atractivas no solo por sus críticas al patriarcado sino por sus sueños de libertad. El trabajo de estos movimientos en su conjunto cuestiona qué es "normal"; nos muestra cómo el estado y la cultura oficial gobiernan nuestro comportamiento con respecto a la sexualidad, los roles de género y relaciones sociales; y nos anima a construir una política arraigada en el deseo.

Los intelectuales Negros asociados con cada uno de estos movimientos no solo imaginaron un futuro diferente sino que, en muchos casos, su visión emancipadora resultó más radical e inclusiva de lo que proponían sus compatriotas.* De hecho, a lo largo del libro, sostengo que estos intelectuales Negros/activistas/artistas desafiaron y reformaron el comunismo, el surrealismo y el feminismo radical y, al hacerlo, produjeron brillantes ideas teóricas que podrían haber empujado estos movimientos en nuevas direcciones. En la mayoría de los casos, sin embargo, las visiones críticas de los radicales Negros se mantuvieron a raya, si no completamente marginadas. Por supuesto, hay muchas personas que todavía luchan por hacer realidad estos sueños, ampliando, elaborando y refinando su visión a medida que avanza la batalla.

*Permítanme enfatizar que estoy interesado en los sueños de la gente negra sobre la nueva sociedad. Un libro fascinante de William H. Pease y Jane Pease, *Black Utopia: Negro Communal Experiments in America*, analiza los diseños abolicionistas y liberales blancos para comunidades negras cuyo objetivo principal era "entrenar al Negro para la libertad completa" (p. 19). La libertad se definió de acuerdo con los valores jeffersonianos, determinados por supuesto por los arquitectos blancos de estos pueblos Negros. Si bien la mayoría de las sociedades comunistas tenían una orientación socialista o comunista, los asentamientos creados para los Negros se centraban en la empresa, el ahorro y la acumulación individual; en resumen, su objetivo era inculcar a los ex esclavos valores capitalistas de clase media para prepararlos para ser miembros productivos de la corriente principal. Los Negros en

su estudio son en gran parte objetos de la ideología liberal blanca, no agentes que persiguen su propia visión de la libertad.

Este libro trata sobre esos sueños de libertad; es simplemente un breve bosquejo idiosincrásico de una historia de la imaginación radical Negra en el siglo XX. No pretendo haber escrito nada que se acerque a la historia de un movimiento o una historia intelectual, y no estoy interesado en explicar por qué estos sueños de revolución no han tenido éxito (¡todavía!). Más bien, simplemente quiero explorar las diferentes formas en que los autoproclamados renegados imaginaron la vida después de la revolución y de dónde provienen sus ideas. Aunque *Freedom Dreams* no es una memoria, es un libro muy personal. Está vagamente organizado en torno a mi propio viaje político, en torno a los sueños que una vez compartí o que aún comparto: desde los sueños de una utopía africana hasta el mundo surrealista de nuestra imaginación, desde los sueños comunistas y feministas de abolir todas las formas de explotación hasta el Sueño de cuatrocientos años de venganza por la esclavitud y Jim Crow.

Mi propósito al escribir este libro es simplemente abrir una conversación muy antigua sobre el tipo de mundo por el que queremos luchar. No soy el único interesado en el trabajo de soñar; obviamente hay muchos activistas y pensadores que tienen esta conversación en este momento, desde mi hermana Makani Themba-Nixon, Cornel West y Lian y Eric Mann hasta Norma Jean Freeman y Don Freeman de Cleveland, Amina y Amiri Baraka de Newark, y Grace Lee Boggs de Detroit, solo por nombrar algunos. Durante décadas, estas y otras personas se han atrevido a hablar abiertamente de revolución y soñar con una nueva sociedad, a veces creando obras culturales que permiten a las comunidades visualizar lo que es posible con la acción colectiva, la autotransformación y la voluntad.

No escribí este libro para aquellos izquierdistas tradicionales que han cambiado sus sueños por la ortodoxia y el sectarismo. La mayoría de esas personas no tienen remedio, me entristece decirlo. Y serán los primeros en descartar este libro como utópico, idealista y romántico. En cambio, lo escribí para cualquiera lo suficientemente atrevido como para seguir soñando, especialmente para los jóvenes que crecen en lo que el crítico Henry Giroux llama perceptivamente "la cultura del cinismo", los jóvenes cuyos sueños han sido totalmente cooptados por el mercado. En un mundo donde tantos jóvenes creen que "recibir un pago" y vivir ostentadamente era el objetivo del movimiento por la libertad de los Negros, hay poco espacio para siquiera discutir la construcción de una cultura pública democrática radical. Demasiados jóvenes creen realmente que esto es lo mejor que podemos hacer. Sin embargo, han aparecido en masa rostros jóvenes en las manifestaciones antiglobalización que comenzaron en Seattle en 1999, y el éxito de la campaña universitaria anti sweatshop No Sweat debe gran parte de su éxito a un número creciente de estudiantes radicalizados. El Congreso Radical Negro, iniciado en 1997, ha atraído a cientos de activistas menores de veinticinco años, al igual que la campaña para liberar a Mumia Abu-Jamal. Entonces hay esperanza.

La pregunta sigue siendo: ¿Con qué sueñan los jóvenes activistas de hoy? Sabemos contra qué luchan, pero ¿por qué luchan? Estas son preguntas cruciales, ya que una de las premisas básicas de este libro es que los sueños más poderosos y visionarios de una nueva sociedad no provienen de pequeños think tanks de personas inteligentes o del mundo atomizado e individualista del capitalismo de consumo donde se extiende contra el status quo es simplemente lo más moderno. Los sueños revolucionarios surgen del compromiso político; los movimientos sociales colectivos son incubadoras de nuevos conocimientos. Si bien esto puede parecer obvio, estoy cada vez más rodeado de estudiantes bien intencionados que quieren ser activistas pero muestran ansiedad por hacer un trabajo intelectual. A menudo se diferencian los dos, posicionando el activismo y el trabajo intelectual como intrínsecamente incompatibles. Hablan del mundo "real" como un desierto concreto invadido por la violencia y la desesperación, y la universidad como si fuera un santuario saneado distante de las vidas y luchas de la gente real. En el otro extremo, he tenido estudiantes que argumentan que los problemas que enfrentan las "personas reales" hoy pueden resolverse simplemente cerrando la brecha entre su conocimiento superior y las personas fuera de los muros de hiedra que simplemente no tienen acceso a ese conocimiento. Defensores involuntarios de un rey de la ideología del "décimo talentoso" de la elevación racial, su objetivo declarado es "llegar a la gente" con un conocimiento más "accesible", para llevar de vuelta al mundo la información que la gente necesita para liberarse. Si bien es bueno ver a los jóvenes entusiasmados por aprender y conscientes de las implicaciones políticas del conocimiento, me preocupa cuando creen que simplemente "dejar caer la ciencia" sobre la gente generará nuevos movimientos sociales liberadores.

Estoy convencido de que es todo lo contrario: los movimientos sociales generan nuevos conocimientos, nuevas teorías, nuevas preguntas. Las ideas más radicales a menudo surgen de un compromiso intelectual concreto con los problemas de las poblaciones agraviadas que enfrentan sistemas de opresión. Por ejemplo, el estudio académico de la raza siempre ha estado inextricablemente entrelazado con las luchas políticas. Así como el imperialismo, el colonialismo y las políticas de redención posteriores a la Reconstrucción crearon el terreno intelectual para el darwinismo social y otras manifestaciones de racismo científico, la lucha contra el racismo generó estudios culturales relativistas y constructivistas sociales sobre la raza. Las grandes obras de W.E.B Du Bois, Franz Boas, Oliver Cox y muchos otros fueron moldeadas invariablemente por movimientos sociales y crisis sociales como la proliferación de linchamientos y el aumento del fascismo. De manera similar, el análisis de género nos lo trajo el movimiento feminista, no simplemente el genio individual de las Hermanas Grimke o Anna Julia Cooper, Simone de Beauvoir o Audre Lorde. El pensamiento sobre el género y la posibilidad de transformación evolucionó en gran medida en relación con la lucha social.

Los movimientos sociales progresistas no producen simplemente estadísticas y narrativas de opresión; más bien, los mejores hacen lo que siempre hace la gran poesía: transportarnos a otro lugar, obligarnos a revivir horrores y, lo que es más importante, permitirnos imaginar una nueva sociedad. Debemos recordar que las condiciones y la existencia misma de los movimientos sociales permiten a los participantes imaginar algo diferente, darse cuenta de que

las cosas no siempre tienen que ser así. Es esa imaginación, ese esfuerzo por ver el futuro en el presente, lo que llamaré "poesía" o "conocimiento poético". Sigo mi ejemplo del gran ensayo de Aimé Césaire "Poesía y Conocimiento", publicado por primera vez en 1945. Comenzando con la proposición simple pero proactiva de que "el conocimiento poético nace en el gran silencio del conocimiento científico", luego demuestra por qué la poesía es la única forma de lograr el tipo de conocimiento que necesitamos para superar las crisis mundiales. "Lo que preside el poema", escribe, "no es la inteligencia más lúcida, la sensibilidad más aguda o los sentimientos más sutiles, sino la experiencia completa." Esto significa todo, cada historia, cada futuro, cada sueño, cada forma de vida, desde la planta hasta el animal, cada impulso creativo, sondeado desde las profundidades del inconsciente. La poesía, por tanto, no es lo que simplemente reconocemos como el "poema" formal, sino una revuelta: un grito en la noche, emancipación del lenguaje y viejas formas de pensar. Considere la tercera proposición de Césaire sobre el conocimiento poético: "El conocimiento poético es aquel en el que el hombre salpica al objeto con todas sus riquezas movilizadas".

En la poética de la lucha y la experiencia vivida, en las declaraciones de la gente corriente, en los productos culturales de los movimientos sociales, en las reflexiones de los activistas, descubrimos los diferentes mapas cognitivos del futuro, del mundo aún no nacido. Recuperar la poesía de los movimientos sociales, sin embargo, en particular la poesía que sueña con un mundo nuevo, no es una tarea tan fácil. Por razones obvias, lo que estamos en contra tiende a primar sobre lo que estamos a favor, lo que siempre es un asunto ambiguo más complicado. Es un testimonio de los legados de la opresión que la oposición se contenga con tanta frecuencia, o que los esfuerzos encuentren "espacios libres" para articular o incluso realizar nuestros sueños son tan raros o marginados. George Lipsitz ayuda a explicar el problema cuando escribe en *Encrucijadas Peligrosas*, "El deseo de trabajar a través de las contradicciones existentes en lugar de permanecer fuera de ellas representa no tanto una preferencia por la reforma memorística sobre el cambio revolucionario, sino más bien un reconocimiento de la imposibilidad de mantenerse fuera de los sistemas totalitarios de dominación ". Además, incluso si pudiéramos reunir nuestros sueños de un nuevo mundo, ¿cómo los resolveremos en una cultura dominada por el mercado? ¿Cómo pueden los movimientos sociales remodelar realmente los deseos y sueños de los participantes?

Otro problema, por supuesto, es que tales sueños a menudo son reprimidos y controlados no solo por nuestros enemigos sino también por los líderes de los movimientos sociales. Las visiones utópicas de los nacionalistas masculinos o de los llamados socialistas a menudo dependen de la supresión de las mujeres, los jóvenes, los gays y lesbianas, las personas de color. El deseo puede ser aplastado por la llamada ideología revolucionaria. No sé cuántas veces los autoproclamados izquierdistas hablan de universalizar la "cultura de la clase trabajadora", centrándose solo en lo que creen que es edificante y políticamente correcto, pero sin prestar atención a, digamos, el éxtasis. Recuerdo haber asistido a una conferencia en Vermont sobre el futuro del socialismo, donde un grupo de nosotros nos peleamos con una generación mayor de izquierdistas blancos que propusieron reemplazar la música "pop" retrógrada con la música revolucionaria de "clase trabajadora" de Phil Ochs, Woody Guthrie,

Bob Dylan pre-eléctrico y canciones de la Guerra Civil Española. Y ahí estaba yo, gritando cómicamente a todo pulmón: "¡De ninguna manera! ¡Después de la revolución, todavía queremos a Bootsy! ¡Así es, queremos a Bootsy! ¡Necesitamos el funk!"

A veces pienso que las condiciones de la vida diaria, de las opresiones cotidianas, de la supervivencia, sin mencionar los placeres temporales accesibles a la mayoría de nosotros, hacen que gran parte de nuestra imaginación quede inerte. Constantemente estamos apagando incendios, respondiendo a emergencias, encontrando refugio temporal, todo lo cual dificulta ver otra cosa que no sea el presente. Como dijo el gran poeta Keorapetse Kgotsile, "Cuando las nubes se aclaren, conoceremos el color del cielo". Cuando los movimientos han sido incapaces de despejar las nubes, han sido los poetas, sin importar el medio, quienes han logrado imaginar el color del cielo, plasmar los tipos de sueños y futuros que los movimientos sociales son capaces de producir. Conocer el color del cielo es mucho más importante que contar las nubes. O dicho de otra manera, el arte más radical no es arte de protesta sino obras que nos llevan a otro lugar, visualizan una forma diferente de ver, quizás una forma diferente de sentir. Esto es lo que el poeta Askia Muhammad Toure quiso decir cuando, en un artículo de 1964 en la revista *Libertator*, llamó a los artistas Negros de rhythm and blues "filósofos poeta" y describió su música como un "arma potente en la lucha por la libertad de los Negros". Para Toure, el "movimiento" fue más que sentarnos en las cafeterías, campañas de registro de votantes y paseos por la libertad; se trataba de la autotransformación, cambiar la forma en que pensamos, vivimos, amamos y manejamos el dolor. Si bien la música con frecuencia refleja negativamente la cultura en general, no obstante, ayudó a generar orgullo comunitario, desafió el odio racial hacia uno mismo y construyó el respeto por uno mismo. Creó un mundo de placer, no solo para escapar de las brutalidades cotidianas del capitalismo, el patriarcado y la supremacía blanca, sino para construir comunidad, establecer compañerismo, jugar y reír, y plantar semillas para una forma diferente de vida, una forma diferente de oír. . Como dijo Amiri Baraka en su famoso ensayo, "The Changing Same", la música negra tiene el potencial de marcar el comienzo de un nuevo futuro basado en el amor: "El cambio al amor. La libertad al (de) amor".

La libertad y el amor pueden ser las ideas más revolucionarias que tenemos a nuestra disposición, y sin embargo, como intelectuales, hemos fracasado en lidiar con su importancia política y analítica. A pesar de haber pasado una década y media escribiendo sobre movimientos sociales radicales, apenas estoy comenzando a ver qué animaba, motivaba y entretejen estas reuniones de gente agraviada. Me he dado cuenta de que una vez que reducimos los movimientos sociales radicales a su esencia pura y entendemos los deseos colectivos de las personas en movimiento, la libertad y el amor se encuentran en el meollo del asunto. De hecho, me atrevería a decir que la libertad y el amor constituyen la base de la espiritualidad, otra fuerza elusiva e intangible con la que pocos estudiosos de los movimientos sociales han llegado a un acuerdo. Estas percepciones siempre estuvieron presentes en los movimientos que he estudiado, pero no pude verlas, reconocerlas o sacarlas a la superficie. Espero que este librito sea un comienzo.